

culpa por el rechazo de Quimet, primero con la maternidad y luego con las palomas. Con el recuerdo involuntario del estrangulamiento del hijo, ahora soldado, en aquel día y decisivo del parto liberador («contra el palmell de la mà del meu fill, vaig, sentir com si es trenqués la columneta del llit feta de boles [...] i jo li vaig dir, t'escanyo», XLVIII, 233) se concluye de hecho la fase neurótica para dar acceso, a través del collar roto, a la recuperación psicológica de la protagonista.

Nos hallamos a dos pasos de la toma de conciencia total, que hará posible la liberación de la angustia y el retorno a la normalidad. Los símbolos de la ciclicidad temporal y de la atemporalidad ya analizados en mi artículo citado (árbol invertido, caracol marino, collar de perlas), introducen en el misterio de la totalidad y atemporalidad del inconsciente y en el inconsciente mismo ⁶²: «i que alló era una cosa que no es podria saber mai: si a dintre del cargol de mar hi havia onades quan a l'entrada del forar no hi havia cap orella» (*Ibid.*, 234).

En el corazón del capítulo final se verifica, en efecto, el milagro que la verbalización del recuerdo ha hecho posible ⁶³. Del vertiginoso vórtice de gestos automáticos y actos repetitivos cada vez más graves y acentuados («vaig anar a la cuina, *com sempre*, tocant les parets»; «I vaig entrar a la cuina a beure aigua, *per vici*», XLIX, 236), de divagaciones mentales que remiten siempre a Quimet, a la frustración del pasado y a la culpa («colònies i hospicis», *Ibid.*), de nuevas angustias claustrofóbicas y de la alucinación perceptiva de tipo olfativo que marca el ápice de la crisis esquizofrénica; en medio de este torbellino de imágenes, recuerdos y fantasmas de la mente, se destaca con nitidez de contornos un cuchillo de hoja fijamente ensartada en el mango, que la protagonista empuña con fuerza y resolución. Con este cuchillo preñado del doble semantismo de la funcionalidad y de la forma —falo y occisión— ⁶⁴, Colometa-Natalia emprende, aún dissociada, incierta de los límites entre el yo y el no-yo, un camino profundo al revés, como una cinta cinematográfica proyectada hacia atrás. Dominando el cuchillo vengador del elástico del capítulo primero, en vez de ser dominada por él, con la consciente posesión del sexo liberado de la culpa y con el instrumento de la muerte y de la sangre —sangre redentora de la nueva vida— Colometa sigue no ya la vía del recuerdo —que ha sido el trayecto de ida que el lector ha recorrido hasta este momento—, sino la corriente impetuosa del inconsciente, que la conciencia ha mantenido en implacable silencio en detrimento de la propia sanidad mental.

A lo largo de este rápido, casi instantáneo camino, adviene la reunificación del yo escindido, como si la imagen desdoblada en el espejo del escaparate se reunificara en

⁶² Cfr. DURAND, *Op. cit.*, pág. 361.

⁶³ María Campillo se refiere a otro tipo de conocimiento que nada tiene que ver con la posesión del inconsciente que yo propongo: «perquè el que compta és l'aventura individual, l'experiència que neix del desig de llibertat, que és l'experiència del coneixement (místic, amorós, poètic, tant se val), reservada [...] als infants, als innocents, als poetes» («Mercè Rodoreda: la realitat i els miralls, per Maria Campillo»), en *Els Marges*, 1981, núm. 21, pág. 130).

⁶⁴ «I el gabinet, símbol sexual, amb què a l'acabament del llibre la Colometa escriu el seu nom [...]» (Mercè Rodoreda, *loc. cit.*, pág. 8).



Mercè Rodoreda

un encuentro sorprendente: «I em vaig tocar la cara i era la meva cara amb la meva pell» (*Ibid.*, 238). Todo el pasado aflora así a la mente, capaz de tomar conciencia de lo que para el Yo ha significado Quimet: pecado, reproche y remordimiento, condensados aún en el mito perenne del Paraíso Perdido: «amb tota una puja de coses que del cor m'anaven al cap [...] Vaig mirar enlaire i vaig veure en Quimet, que, al mig d'un camp, prop del mar, quan jo estava embarassada de l'Antoni ⁶⁵, em donava una floreta blava» (*Ibid.*). Es de nuevo la flor que los granos de maíz han evocado al final del capítulo XLIV y que, como de rebote, remite a la flor del relato de la serpiente, la manzana y la espada de fuego del sermón del padre Joan del capítulo VI (41).

A lo largo de esta exploración interior, el Yo encuentra el origen de la neurosis, la Plaza, que, en una potente metamorfosis reveladora de significados, se convierte en el embudo de la angustia y la sofocación del entoldado y en el de la autopunición y la muerte por un delito jamás cometido ⁶⁶. Y del centro del embudo sale la mano

⁶⁵ Me parece significativo que justo ahora, por vez primera, Colometa diga las cosas por su nombre («estava embarassada») y no recurra a los eufemismos sexuales de los primeros capítulos («Jo, estava així», X, 61).

⁶⁶ Buena parte de la crítica ha visto en este retorno a la Plaza, la recuperación, o el deseo de

salvadora de Mateu —la redención—, aquel poco de estima y de aprecio que ha tenido el poder de anular el complejo de inferioridad y que intuíamos como el núcleo del proceso irreversible de la constitución de personalidad.

Con el cuchillo se mata el pasado, la represión y la supresión de la conciencia, el sentimiento de culpa. De esta herida profunda, como del vientre materno del primer parto, surge finalmente el grito simbólico tantas veces sofocado en sueños, que es el inconsciente llegado a la superficie y hecho luz. Y del grito y del dolor del parto, nacen la alegría y la vida: colores y flores, bullicioso avispero, balanza en movimiento e imágenes ascensionales de optimismo. Los ojos *ven*, por fin, en el paisaje, cielo abierto, resplandor del alba, pájaros que levantan el vuelo en el azul infinito.

Dejado el cuchillo liberador, la ahora sí Natalia se quita la media de la pierna como si arrancara la piel de una serpiente («com si estirés una pell molt llarga», XLIX, 241). La serpiente, uno de los símbolos más ricos y sugestivos salidos de la imaginación humana, que, de acuerdo con la tradición bíblica ha significado hasta este momento el Pecado, engloba y compendia la connotación sexual del cuchillo y, por la muda de su piel, la de la resurrección y la eternidad cíclica de los símbolos del árbol invertido, el caracol y la perla, que han anunciado y llevado al renacimiento psicológico de la protagonista ⁶⁷.

Sólo después de este gesto significativo, tiene lugar, en una unidad recuperada, la realización del acto de amor que quedó truncado tras la tensión erótica del primer capítulo. Porque si la unión con el tendero nunca ha sido posible, no es ciertamente por la incapacidad sexual del marido, sino por el rechazo inconsciente de Colometa, que ha permanecido extraña y distante a su sollicitación amorosa y afectiva. La fusión del cuerpo en el cuerpo, del alma en el alma, se realiza ahora, no ya con el acto sexual, sino con un gesto de igual significado: «Li vaig entortolligar les cames amb les meves cames i els peus amb els meus peus [...] Li vaig encastar la galta a l'esquena, contra els ossos rodet, i era com si sentís viure tot el que tenia a dintre, que també era ell: el cor primer de tot i la freixura i el fetge, tot negat amb suc i sang» (*Ibid.*, 242). Y por último, el ombligo, el centro del huevo, el origen de la vida y de la muerte, en un gesto infantil y profundo ⁶⁸ que habla sin censuras del anhelo que brota del fondo del Es de hacer propios y eternizar de algún modo la felicidad y el amor.

LORETO BUSQUETS

Università Cattolica del Sacro Cuore

Largo A. Gemelli, 1

20123 MILANO (Italia)

recuperación, de la juventud perdida. Así Arnau (*Introducción...*, *op. cit.*), José Ortega (*loc. cit.*, pág. 506 y Joaquim Molas (*loc. cit.*, pág. 15).

⁶⁷ «Le serpent tué signifie la victoire définitive sur la vanité, la libération à l'égard de la culpabilité.» (Paul Diel, *op. cit.*, pág. 56; el subrayado es mío). Cfr. Durand, *op. cit.*, pág. 363.

⁶⁸ Sobre el carácter «infantil» del relato como expresión del inconsciente, véase mi artículo citado, págs. 83-84.